



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 8 de abril de 1981

Valoración de la dignidad del matrimonio y de la familia

1. Nos conviene concluir ya las reflexiones y los análisis basados en las palabras pronunciadas por Cristo en el sermón de la montaña, con las cuales apeló al corazón humano, exhortándole a la pureza: “Habéis oído que fue dicho: No adulterarás. Pero yo os digo que todo el que mira a una mujer deseándola, ya adulteró con ella en su corazón” (*Mt 5, 27-28*). Hemos dicho repetidas veces que estas palabras, pronunciadas una vez a los determinados oyentes de ese sermón, se refieren al hombre de todo tiempo y lugar, y apelan al corazón humano, en el que se inscribe *la más íntima* y, en cierto sentido, la más esencial *trama de la historia*. Es la historia del bien y del mal (cuyo comienzo está unido, en el libro del Génesis, con el misterioso árbol de la ciencia del bien y del mal) y, al mismo tiempo, es la historia de la salvación, cuya palabra es el Evangelio, y cuya fuerza es el Espíritu Santo, dado a los que acogen el Evangelio con corazón sincero.

2. Si la llamada de Cristo al “corazón” humano, y antes aún, su referencia al “principio” nos permite construir, o al menos, delinear una antropología, que podemos llamar “teología del cuerpo”, *esta teología es, a la vez, pedagogía*. La pedagogía tiende a educar al hombre, poniendo ante él las exigencias, motivándolas e indicando los caminos que llevan a su realización. Los enunciados de Cristo también tienen este fin: se trata de enunciados “pedagógicos”. Contienen una pedagogía del cuerpo, expresada de modo conciso y, al mismo tiempo, muy completo. Tanto la respuesta dada a los fariseos con relación a la indisolubilidad del matrimonio, como las palabras del sermón de la montaña que se refieren al dominio de la concupiscencia, demuestran —al menos indirectamente— que *el Creador ha asignado al hombre como tarea el cuerpo, su masculinidad y feminidad*; y que en la masculinidad y feminidad le ha asignado, en cierto sentido, como tarea su humanidad, la dignidad de la persona, y también el signo transparente de la

“comuni3n” interpersonal, en la que el hombre se realiza a s3 mismo a trav3s del aut3ntico don de s3. Al poner ante el hombre las exigencias conformes a las tareas que le han sido confiadas, el Creador indica, a la vez, al hombre, var3n y mujer, los caminos que llevan a asumirlas y a realizarlas.

3. Analizando estos textos-clave de la Biblia hasta la ra3z misma de los significados que encierran, descubrimos precisamente esa antropolog3a que puede llamarse “teolog3a del cuerpo”. Y esta *teolog3a* del cuerpo funda despu3s el m3todo m3s apropiado de la *pedagog3a del cuerpo*, es decir, de la educaci3n (m3s a3n, de la autoeducaci3n) del hombre. Esto adquiere una actualidad particular para el hombre contempor3neo, cuyos conocimientos en el campo de la biofisiolog3a y de la biomedicina han progresado mucho. Sin embargo, esta ciencia trata al hombre bajo un determinado “aspecto” y, por lo tanto, es m3s bien parcial que global. Conocemos bien las funciones del cuerpo como organismo, las funciones vinculadas a la masculinidad y a la feminidad de la persona humana. Pero esta *ciencia, de por s3, no desarrolla* todav3a la conciencia del cuerpo como signo de la persona, como manifestaci3n del esp3ritu. Todo el desarrollo de la ciencia contempor3nea que se refiere al cuerpo como organismo, tiene m3s bien car3cter de conocimiento biol3gico, porque est3 basado sobre la separaci3n, en el hombre, entre lo que en 3l es corp3reo y lo que es espiritual. Al servirse de un conocimiento tan unilateral de las funciones del cuerpo como organismo, no es dif3cil llegar a tratar el cuerpo, de manera m3s o menos sistem3tica, como *objeto de manipulaci3n*; en este caso el hombre deja, por as3 decirlo, de identificarse subjetivamente con el propio cuerpo, porque se le priva del significado y de la dignidad que se derivan del hecho de que este cuerpo es precisamente de la persona. Nos hallamos aqu3 en la frontera de problemas que frecuentemente exigen soluciones fundamentales, imposibles sin una visi3n integral del hombre.

4. Precisamente aqu3 aparece claro que la teolog3a del cuerpo, cual nace de esos textos-clave de las palabras de Cristo, se convierte en el m3todo fundamental de la pedagog3a, o sea, de la educaci3n del hombre desde el punto de vista del cuerpo, en la plena consideraci3n de su masculinidad y feminidad. *Esa pedagog3a puede ser entendida* bajo el aspecto de una espec3fica “*espiritualidad del cuerpo*”; efectivamente, el cuerpo, en su masculinidad o feminidad, es dado al esp3ritu humano (lo que de modo estupendo ha sido expresado por San Pablo en el lenguaje que le es propio) y por medio de una adecuada madurez del esp3ritu se convierte tambi3n 3l en signo de la persona, de lo que la persona es consciente, y aut3ntica “materia” en la comuni3n de las personas. En otros t3rminos: el hombre, a trav3s de su madurez espiritual, descubre el significado sponsalicio del propio cuerpo. Las palabras de Cristo en el serm3n de la mont3a indican que la concupiscencia, de por s3, no revela al hombre ese significado, sino que, al contrario, lo ofusca y oscurece. El conocimiento puramente “biol3gico” de las funciones del cuerpo como organismo, unidas con la masculinidad y feminidad de la persona humana, es capaz de ayudar a descubrir el aut3ntico significado sponsalicio del cuerpo, *solamente si va unido a una adecuada madurez espiritual de la persona humana*. Sin esto, ese conocimiento puede tener efectos incluso opuestos; y esto lo confirman m3ltiples experiencias de nuestro tiempo.

5. Desde este punto de vista es necesario considerar con perspicacia las enunciaciones de la Iglesia contemporánea. Su adecuada comprensión e interpretación, como también su aplicación práctica (esto es, precisamente, la pedagogía) requiere esa profunda teología del cuerpo que, en definitiva, ponemos de relieve sobre todo con las palabras-clave de Cristo. En cuanto a las enunciaciones contemporáneas de la Iglesia, es necesario conocer el capítulo titulado “dignidad del matrimonio y de la familia y su valoración”, de la Constitución pastoral del Concilio Vaticano II (*Gaudium et spes*, parte II, cap. I) y, sucesivamente, de la Encíclica de Pablo VI *Humanae vitae*. Sin duda alguna, las palabras de Cristo, a cuyo análisis hemos dedicado mucho espacio, no tenían otro fin que *la valoración de la dignidad del matrimonio y de la familia*; de donde se deduce la convergencia fundamental entre ellas y el contenido de los dos mencionados documentos de la Iglesia contemporánea. Cristo hablaba al hombre de todo tiempo y lugar; las enunciaciones de la Iglesia tienden a actualizar las palabras de Cristo y, por esto, deben interpretarse según la clave de esa teología y de esa pedagogía, que encuentran raíz y apoyo en las palabras de Cristo.

Es difícil realizar un análisis global de los citados documentos del Magisterio supremo de la Iglesia. Nos limitaremos a entresacar algunos pasajes de ellos. He aquí de qué modo el Vaticano II —al poner entre los problemas más urgentes de la Iglesia en el mundo contemporáneo “la valoración de la dignidad del matrimonio y de la familia”— *caracteriza la situación existente en este ámbito*: “La dignidad de esta institución (es decir, del matrimonio y de la familia) no brilla en todas partes con el mismo esplendor, puesto que está oscurecida por la poligamia, la epidemia del divorcio, el llamado amor libre y otras deformaciones; es más, el amor matrimonial queda frecuentemente profanado por el egoísmo, el hedonismo y los usos ilícitos contra la generación” (*Gaudium et spes*, 47). Pablo VI, al exponer en la Encíclica *Humanae vitae* este último problema, escribe entre otras cosas: “Podría también temerse que el hombre, habituándose al uso de las prácticas anticonceptivas, acabase por perder el respeto a la mujer y (...) llegase a considerarla como simple instrumento de goce egoísta y no como a compañera, respetada y amada” (*Humanae vitae*, 17).

¿Acaso nos encontramos ahora *en la órbita de la misma urgencia*, que en otra ocasión *provocó las palabras de Cristo* sobre la unidad e indisolubilidad del matrimonio, como también las del sermón de la montaña, relativas a la pureza de corazón y al dominio de la concupiscencia de la carne, palabras que desarrolló más tarde con tanta perspicacia el Apóstol Pablo?

6. En la misma línea el autor de la Encíclica *Humanae vitae*, al hablar de las exigencias propias de la moral cristiana presenta, al mismo tiempo, *la posibilidad de cumplirlas*, cuando escribe: “El dominio del instinto mediante la razón y la voluntad libre, impone sin ningún género de duda una ascética —Pablo VI utiliza este término—, para que las manifestaciones afectivas de la vida conyugal estén en conformidad con el orden recto y particularmente para observar la continencia periódica. Pero esta disciplina, propia de la pureza de los esposos, lejos de perjudicar el amor conyugal, le confiere un valor humano más sublime. Exige un *esfuerzo continuo* (precisamente este esfuerzo ha sido llamado antes ‘ascesis’), pero, gracias a su influjo beneficioso, los cónyuges

desarrollan íntegramente su personalidad, enriqueciéndose de valores espirituales... Favorece la atención hacia el otro cónyuge, ayuda a superar el egoísmo, enemigo del verdadero amor, y hace profundizar más su sentido de responsabilidad... (*Humanae vitae*, 21).

7. Detengámonos en estos pocos pasajes. Ellos —especialmente el último— demuestran de manera clara cuán indispensable es, para una comprensión adecuada de las enseñanzas del Magisterio de la Iglesia contemporánea, esa teología del cuerpo, cuyas bases hemos buscado sobre todo en las palabras de Cristo mismo. Precisamente la teología del cuerpo —como ya hemos dicho— se convierte en el método fundamental de toda la pedagogía cristiana del cuerpo. Haciendo referencia a las palabras citadas, se puede afirmar que el fin de la pedagogía del cuerpo está precisamente en hacer, ciertamente, que *“las manifestaciones afectivas”* —sobre todo las “propias de la vida conyugal”— *estén en conformidad con el orden moral*, o sea, en definitiva, con la dignidad de las personas. En estas palabras retorna el problema de la relación recíproca entre el “eros” y el “ethos”, de los que ya hemos tratado. La teología, entendida como método de la pedagogía del cuerpo, nos prepara también a las reflexiones ulteriores sobre la sacramentalidad de la vida humana y, en particular, de la vida matrimonial.

El Evangelio de la pureza de corazón, ayer y hoy: al concluir con esta frase el presente ciclo de nuestras consideraciones —antes de pasar al ciclo sucesivo, en el que la base de los análisis serán las palabras de Cristo sobre la resurrección del cuerpo—, deseamos dedicar todavía un poco de atención a la “necesidad de crear un clima favorable a la educación de la castidad”, de la que trata la Encíclica de Pablo VI (cf. *Humanae vitae*, 22), y queremos centrar estas observaciones sobre el problema del ethos del cuerpo en las obras de la cultura artística, con referencia especial a las situaciones que encontramos en la vida contemporánea.

Saludos

(A un grupo de peregrinos de Estrasburgo)

Saludo con complacencia particular entre otros grupos beneméritos, al de peregrinos de Estrasburgo; padres, profesores y alumnos han venido juntos meditando en las exigencias de la misericordia, a venerar las tumbas de los Apóstoles Pedro y Pablo, Apóstoles que experimentaron ambos la alegría del perdón de Cristo. Les deseo que en esta iniciativa conjunta vivida en la fe, encuentren modos y ejemplos de comprensión entre jóvenes y adultos, que sean acordes con el espíritu evangélico de la misericordia. Ojalá se marchen más fortalecidos y de este modo aporten un espíritu nuevo a sus relaciones dentro del liceo y el colegio, y en sus familias.

Los bendigo de todo corazón.

(A los miembros de los consejos municipales de Viena)

Dirijo un especial saludo de bienvenida a los *delegados y miembros de los consejos municipales de Viena* aquí presentes. Como distinguidos representantes de vuestros conciudadanos, ustedes sacrifican una buena parte de su tiempo y de sus energías en aras del bien común. Se esfuerzan por encontrar las mejores soluciones posibles en cada uno de los complejos problemas que hoy presenta la vida comunitaria. Desearía, por ello, que sus impresiones en la Ciudad Eterna, con su mensaje desde la fuerza viva del Evangelio, les proporcionaran luz y orientación. Para ustedes y para su trabajo lleno de responsabilidades imparto con agrado la especial bendición de Dios.

(Peregrinación de la diócesis de Münster)

Cordialmente saludo también a la *numerosa peregrinación* de alumnos, padres y maestros de las escuelas católicas de la *diócesis de Münster*, así como al "81 grupo de peregrinos de San Ludgerus", proveniente de la misma diócesis. Renovación y profundización de nuestra vida religiosa significa siempre revisión y mirada retrospectiva a las fuentes originarias de nuestra fe. Que esta gracia os sea otorgada copiosamente en vuestro encuentro con los lugares sagrados y que ella renueve vuestro ánimo y vuestras fuerzas en vuestra misión cristiana dentro de la familia, de la escuela y de la sociedad. Para ello os imparto de corazón, a vosotros y a todos los peregrinos de lengua alemana aquí presentes, la bendición apostólica.

(Asociación cultural de Osaka)

Doy la bienvenida a los miembros de la Asociación cultural de Osaka. Os saludo y bendigo muy de corazón. Y por vuestro medio saludo y bendigo a todos los hermanos y hermanas de Japón.

(A un grupo de religiosas)

Saludo ahora con afecto particular a las 300 religiosas pertenecientes al "Movimiento internacional de religiosas adherentes al Movimiento de los Focolarinos", que han venido a Roma de cincuenta naciones y cinco continentes para profundizar en el tema general de este año, "La voluntad de Dios", en el Centro Mariápolis de Rocca di Papa.

Como ya tuve ocasión de decir a otros grupos de Focolarinos, recordad en estos días de oración y meditación que "voluntad de Dios es vuestra santificación", según las palabras del Apóstol Pablo (cf. 1 Tes 4, 3). Si hacéis de este consejo la razón de ser de vuestra vida religiosa, no dejará el Señor de concederos su luz, energía y consuelo para que os adheráis con plenitud creciente a la voluntad divina en la que está vuestra paz. Acompaño estos deseos con una bendición apostólica especial.

(A los jóvenes, a los enfermos y a los recién casados)

Queridísimos *jóvenes*: Vuestra presencia es siempre la más jubilosa, pero también la más

simpática y entusiasta.

Y precisamente a vuestro entusiasmo y vuestra alegría de vivir y de construir dirigen la mirada con esperanza el Papa y la Iglesia entera. El mundo de mañana está en vuestras manos, pero seréis artífices de renovación si sabéis entregaros al estudio, a la preparación profesional y también y principalmente a la búsqueda profunda de valores espirituales y religiosos.

Mirad siempre a Cristo. El representa el modelo más perfecto de toda existencia humana. Vuestros esfuerzos, empeño y búsqueda están siempre acompañados de mi oración.

Para ello os bendigo de corazón.

Queridísimos *enfermos*: Llegue particularmente afectuoso mi saludo a vosotros que sois los más cercanos a mi corazón por la deuda de gratitud que tengo con vosotros; pues me acuerdo del don inmenso de vuestras oraciones y sufrimientos que ofrecéis al Señor por mi ministerio.

Vuestra presencia en la Sede de Pedro es especialmente significativa estos días porque coincide con el período litúrgico que nos adentra en la celebración de la pasión del Señor. No olvidéis que el Viernes Santo es sólo un momento de paso para llegar al gozo de la Pascua, que es plenitud de vida en Cristo crucificado y resucitado.

Confíaos a El en vuestra oración diaria, confíaos a María Madre Dolorosa.

Y también os acompañe siempre mi recuerdo ante el Señor, al que uno con gusto mi bendición portadora de consuelos.

Queridísimos *recién casados*: Leo en vuestros ojos la alegría y el entusiasmo de la nueva vida unidos los dos que habéis sellado hace poco en el sacramento del matrimonio, haciendo indisoluble y santo, divinizado en el amor de Dios mismo, el vínculo de vuestra unión.

Permitidme que también yo añada mi enhorabuena a las muchas que os han llegado de parientes y amigos. Si sabéis enraizar vuestro amor en Cristo a través de la oración, las inevitables dificultades de la vida y las tormentas y lluvias primaverales de paso no debilitarán vuestra fecunda unión, sino que servirán para robustecer esa unión por la que os transformáis en colaboradores de Dios en la transmisión de la vida, como nos recuerda la Escritura.

Y quiera el cielo que seáis siempre y sólo instrumentos de vida y jamás de muerte.

Al volver a vuestra nueva casa llevad mi bendición como el recuerdo más hermoso del viaje a la Ciudad Eterna.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana